

# LA SEMANA Cómica

Director: J. Fernández de la Reguera

NUESTROS ESCRITORES, por Renan



15 céntimos

A. Figueras



Renan  
93

Ayuntamiento de Madrid  
SALVADOR MARÍA GRANÉS



## AYER PASÓ POR AQUÍ...

No en el carro de los muertos, sino en un reservado, en una berlina-cama..... ó en el *break* de la compañía. Porque es la noticia de rigor en esta época de viajes á ó de baños. Así como la servidumbre de paso es de las más gravosas para la propiedad, la servidumbre de «tránsito de personajes» es una pejuguera mayúscula para las autoridades populares y gubernativas, puesto de la guardia civil é individuos afiliados al partido del viajero.

—«Es el amor que pasa»—decía Becquer oyendo batir de alas y rumor de besos.—«Es el jefe que pasa»—podemos asegurar sin miedo á equivocarnos, al ver camino de la estación toda la plana mayor local de un partido político sudando la gota gorda bajo el traje de rigurosa etiqueta. ¡Que digan ahora los enemigos políticos que no tienen ropa negra! (Y en efecto, la ropa ha ascendido á mulata con el uso.) ¡Que digan que no van á ninguna parte! (Y en efecto, no van á ningún lado, se quedan en el andén.)

Saludar al ilustre repúblico, estrechar la mano del ilustre repúblico, cuidar de que quede bien cerrada la portezuela del wagón del ilustre repúblico, quebrantar con la fuerza de los *vivas* la marquesina de la estación y ahogar entre aplausos los silbidos inoportunos de la máquina... ¿dónde hay placer como ese? Hay entusiastas que ofrecen al guarda-agujas dos pesetas para que les permita ocupar su sitio en aquella memorable tarde, y aun á riesgo de meter el tren en el apartadero, en vez de llevarlo por la línea general, se plantan allá cerca del disco empuñando con la mano izquierda el banderín verde y con la derecha la bocina dorada.

—¿Conque cuándo? ¿Cuándo pasa el jefe?—preguntamos á un exconcejal,

—Ya no tiene hora fija.

—Por lo visto, ha entrado ya en el noveno mes.—No, señor, pero le aguardamos de un momento á otro. Ayer era el día señalado, y ¡vaya un chasco! salimos á la estación á recibir el mixto, el correo, el express, pero ¡nada!—¡Caramba! pues van ustedes á gastarse en billetes de andén todo el presupuesto de las futuras elecciones.—La cosa es tanto más extraña, cuanto que nuestro ilustre jefe es, como todos saben, un modelo de formalidad.—Entonces no les quepa á Vdes. duda: pasó ayer, sino que vendría en algún tren de mercancías.—No sería extraño, porque á modesto nadie le gana y á aplicado tampoco. Sólo por conocer el estado de nuestra riqueza pecuaria, sería capaz de ha-

cer el viaje con los carneros en uno de esos wagones de tres pisos.

«Ayer pasó por aquí — dicen con frecuencia los corresponsales destacados,—el distinguido hombre público D. Cosme Andana, que viene de tomar las aguas de Borrajas. Sus amigos políticos reunidos en el andén, le dispensaron una ovación y algunas cosas más.»

Las excursiones por provincias... ¿Qué placer mayor para un personaje? Porque allá en Madrid todos somos unos. El jefe del partido y el modesto pretendiente que llega de provincias apenas si se diferencian en el corte de la levita y en la caída del pantalón. Mas en cuanto el ilustre político traspasa la puerta de San Vicente, allí empieza el país, el verdadero país que revienta trombones y se gasta un dineral en percalina de colores para obsequiar al personaje de sus entrete-las. El ferrocarril engrandece al hombre público. Cuando este desciende del wagón, parece que le rodea un mimbo de carbonilla suficiente para atraer hacia el partido á los mozos de descarga y á todo el orden de factores.

—¿Desea V. tomar alguna cosa?—preguntan los correligionarios rodeándole.—Agua nada más: agua—contesta el personaje. Y los del gentío se repiten unos á otros: —Va á tomar agua, como si fuera alguna gracia del jefe.—También la locomotora—añade un chusco. Si hay tiempo se pronuncian discursos, se hace la presentación de los comités en masa y se llama á los neófitos, para que reciban un abrazo del propio cosechero.

—Aquí los tiene V.—dice el presidente del comité local;—hoy han ingresado en el partido despues de sufrir infinidad de persecuciones por la justicia.

—¿Emigrados quziá?

—No, señor, nada de emigración,—dice uno de los presentados:—prisión correccional en su grado medio.

—¡Ah vamos! ¡delitos de imprenta!

—Eso es: entre este y yo robamos una máquina Marinoni y la vendimos como hierro viejo.

À veces el jefe viene descansando y los representantes del partido en la localidad tienen que regresar á sus hogares con polvo á la rodilla y los discursos dentro del cuerpo.

—Lo mismo sucedió el año pasado—dice uno saliendo del andén:—vinimos aquí con una murga y un pirotécnico y resultó que nuestro ilustre jefe venía durmiendo la mona.

—¿Borracho?



—No, señor: durmiendo á una hija suya, que es monísima.

Es una delicia el viajar de los hombres notables. Arcos de follaje en todas las estaciones de parada, charangas municipales y rondallas del pais alternando en los oídos del personaje; fuegos de artificio cruzando la atmósfera y toda una historia retrospectiva del sombrero de copa, representada en las cabezas de partido local. Con viajes de estos es como conocen los hombres políticos la

verdadera situación del pais. Así es que les pregunta V. despues del viaje:

—Vamos ¿qué opina V., don Severiano? España ¿es una nación esencialmente agrícola?

Y el hombre contesta, acordándose de los arcos, de los cohetes y de las murgas:

—No, señor: España es, ante todo, un pais *arcádico, cohetáneo y murganático.*

Luis ROYO VILLANOVA.

## EL SOMBRERO

Rebotaba la lluvia en los cristales, al empuje del viento, que silbaba, al besar en los tejados el teclado de témpanos de hielo, esa canción de notas de agonía de las noches heladas del invierno, y en la guardilla miserable y pobre, faltos de pan y de alegría y sueño, los jóvenes esposos, contemplando la apagada ceniza del brasero, sin dar tregua al trabajo ni al cariño, hablaban de sus penas y sus sueños. María iba á ser madre; estaba cerca el ansiado momento en que sobre aquel nido triste y pobre iba Dios á volcarles todo el cielo. ¡Con qué afán esperaban á aquel ángel, que tantas veces ya con el deseo habían visto en la cunita blanca llena de flores, que ponían ellos, al tiempo que besaban con los labios del corazón, comiéndose á besos, á aquel hijo, pedazo de sus almas, amasado con carne de sus cuerpos!... El hambre, el frío, el trabajar sin tregua, para ganar una miseria, haciendo con juncos y con paja de Valencia canastillos y cestas y sombreros.... ¡todo eso no valía una sonrisa de aquellas que tendrían siempre luego! Era preciso, aunque los turbios ojos ya les cerraba el sueño y en la labor monótona y pesada ya se enredaban los helados dedos, hacer un nuevo esfuerzo todavía y acabar de tejer aquel sombrero. ¡Con el importe de él tal vez podrían comprarle al pequeñuelo una gorrita blanca con puntillas digna de su hermosura por lo menos!

Claraba ya la luz del nuevo día y rendidos de sueño, concluido el trabajo se abrazaron ciñéndose los brazos á los cuellos. Y como sus dos almas, se fundían en el aire sus lágrimas de fuego, que al caer sobre la paja de Valencia, titilaban con débiles reflejos...

### II

Como que dá una vuelta cada día ¡da mas vueltas el mundo con el tiempo!... El sitio en que tenían su guardilla

unos pobres cesteros, que ni en el barrio ya se acuerda nadie de cuantos años hace que murieron, al ser madre la esposa desgraciada y él al quedarse solo y sin consuelo, es hoy lujoso hotel de una muchacha, hermosa como un sueño, que pasea su dicha por la corte y arrastra coches y deslumbra en ellos... sin acordarse nunca de sus padres ni saber de ellos más que eran cesteros... Es la tarde del día de difuntos.

La hermosa aquella del hotel, mordiendo el pañuelo de encaje, se pasea febril, golpeando el suelo... Ha prometido á un viejo, que sostiene, meréndolo en su hogar, su lujo regio, que por seguir la moda y para verle ira á pasear un rato al cementerio, y está vestida hace horas con un traje, sólo para lucirlo aquel día hecho, y no quiere estrenarlo ni lucirlo sin que le traigan el sombrero nuevo... ¡Por fin! ¿Es la modista? No, que no entre.... ¡Que se vaya al infierno!... Y rompiendo las cintas de la caja, sin cuidarse del daño de los dedos, poniéndose el sombrero en la cabeza corre á mirarse en el luciente espejo. ¡Horror! ¡No le está bien aquella forma!... ¡Adios dicha, adios moda, adios paseo!... Y dejándose caer en una silla y llorando de rabia y de despecho, arrancando las blondas y las cintas tritura entre sus manos el sombrero y arruga el armazón que hecho un ovillo va á rodar por el suelo.... ¡El armazón de paja de Valencia en el que un día del helado invierno, pensando en ella, sus amantes padres tantas y tantas lágrimas vertieron!...

### III

El viento de la vida, cuando deja en las teclas de témpanos de hielo esa canción de notas de agonía de las noches heladas del invierno, dice por qué aquel día en una tumba en que habitan dos flacos esqueletos, castañeteando unos sonidos ásperos, se estremecieron de dolor los huesos....

MARCIAL DE LOS RIOS.





—¿Dónde has estado?  
—Yo, en Spa..... ¿Y tú?  
—Yo... en Spa también, pero con rabo. En Spa...rraguera, vamos.





Un alto personaje, que ocupa un elevado puesto en Gobernación.



Un importante centro militar.



Un joven motido en el gran mundo.



Un corredor que tiene quien le abone



Una señora que «cita» y «receibe» en sus elegantes salones de la Castellana.



Un tercio de la Guardia Civil



## A UN POSTERGADO

Ya me tiene usted molido  
con tantas lamentaciones,  
y ya no quiero más quejas,  
y ya no aguanto más voces.  
Si es usted y ha sido siempre  
un pedazo de alcornoque,  
¿quién diablos tiene la culpa  
de que la suerte le azote?  
¿Que el mundo es necio? ¡Mentira!  
De sobra el mundo conoce  
lo que cada cual merece,  
y da lo que corresponde.  
¿Que hay genios desconocidos  
y talentos enormes,  
a quienes nadie protege  
y a quienes todos se oponen?  
¡Riase usted de los tontos  
que hacen correr esas voces!  
¿Que hay envidias? ¡Si la envidia  
favorece más que roe!  
¿Que hay obstáculos? ¡Pues claro!  
¡Como que es lógico el choque!  
En la mesa de la vida  
están justas las raciones,  
y el que quiere asiento, tiene

que ganarlo como un hombre.  
Vamos a ver; un ejemplo:  
Usted es misero, y pobre,  
y desgraciado, ¿verdad?  
Bueno; pues ¿qué condiciones  
tiene usted para no serlo?  
Ninguna. Usted es un zote  
que no ha trabajado nunca,  
ni de niño ni de joven,  
ni sabe hacer otra cosa  
que mendigar protecciones.  
¿Que tiene usted hecho un drama  
que rueda entre bastidores?  
¡Pues bueno será el dramita  
cuando nunca se lo ponen!  
¿Que en los diarios le admiten  
solo con tal que no cobre?  
¡Como que el sueldo es sagrado  
y no está bien que se robe!  
¡Infeliz! usted fastidia  
a empresarios y editores,  
y ninguno le hace caso  
y sus súplicas desoyn.  
Usted piensa que les guían  
malévolas intenciones,

y no se le ocurre nunca  
que es usted sólo el fantoche.  
¡Mire usted que tiene gracia  
suponer que todo el orbe  
se ocupa en alzar murallas  
a ver si el genio las rompe!  
Supongamos que es usted  
un sastre de primer orden,  
¿Piensa usted que va a decir  
la gente:—¡Qué lindo corte!  
¿Es buen sastre? ¡pues no quiero  
que me haga los pantalones!—  
¡Al contrario, criatura,  
se irán al que mejor cose!  
Pues así es todo; al que vale  
el mundo no le pospone...  
No es esto decir de plano  
que a veces no se equivoque,  
y que pasen por lumbreras  
un montón de monigotes,  
¿pero que el que lo merece  
no se dé a luz?... ¡Vamos, hombre!

SINESIO DELGADO.

## CAZA DE GANGAS

A unos quinientos metros de un pueblecillo,  
en un paraje liso como la mano,  
hay dos o tres lagunas á donde acuden  
por docenas las gangas en el verano.

Cerca de las lagunas, junto á una choza,  
que es palacio de enebro de unos pastores,  
nace una fuentecilla que tiene un agua  
la mejor y más fresca de las mejores.

Y al despuntar la aurora, todos los días,  
con la escopeta al hombro mi buen Pepillo,  
sale con el intento de «cazar gangas»  
á unos quinientos metros del pueblecillo.

Marujilla, que puede con desahogo  
presumir donde vaya la mejor moza,  
al pintar el reflejo del sol que nace

va por agua á una fuente junto á una choza.

Y ya cuando el sol pica como un demonio,  
por la parte del pueblo que da al Saliente,  
viene mi buen Pepillo, preocupado,  
limpio el morral de plumas completamente.

Y con cinco minutos de diferencia,  
con los ojos radiantes por la alegría,  
Marujilla entra al pueblo, cantando coplas,  
por la parte llamada del Mediodía.

Yaunque es fama en el pueblo que el buen Pepillo  
se da para la caza muy mala traza,  
señorones, labriegos, chicos y grandes,  
todos tienen envidia de lo que caza.

ANTONIO MENTALBAN

## IDILIO

Acababa el tren de salir de Génova, diri-  
giéndose á Marsella, y seguía las largas  
ondulaciones de la roqueña costa resbalan-  
do cual sierpe de hierro entre la mar y la  
montaña, arrastrándose por las playas de  
amarilla arena que ligeras olas orlaban con  
hilillos de plata, desapareciendo de pronto  
en el negro boquerón de los túneles como  
alimaña en su guarida.

Una mujer repleta y un joven estaban  
cara á cara en el último vagón del tren, si-  
lenciosos, mirándose á las veces. Tendría  
ella cosa de veinticinco años, y, sentada  
junto á la portezuela, contemplaba el pai-  
saje. Era una robusta aldeana piamontesa  
de ojos negros, abultados pechos, carnosas  
mejillas. Había metido varios lios bajo el  
asiento de madera y conservaba una cesta  
encima de sus rodillas.

El tendría como veinte años; delgado,  
tostado, con el tono negruzco de los hom-  
bres que labran la tierra en pleno sol. Toda

su fortuna posaba á su lado, en un pañuelo:  
unos zapatos, una camisa, un pantalón y  
una chaqueta. Había ocultado también algo  
debajo de la banqueta: una pala y un aza-  
dón que ataba una cuerda. Iba á buscar tra-  
bajo á Francia.

Alzándose en el cielo, vertía el sol sobre  
la costa lluvia de fuego; era á fines de Mayo  
y deliciosos olores revoleteaban, penetra-  
ban en los coches por las ventanillas abier-  
tas.

Los naranjos y limoneros en flor da-  
ban al sereno ambiente sus azucarados  
perfumes, tan dulces, violentos y perturba-  
dores, mezclándolos á los effluvios de las ro-  
sas que brotaban por doquiera como hier-  
bas, á lo largo de la vía, en los jardines  
suntuosos, ante las puertas de las habita-  
ciones pobres y por todo el campo.

Esta costa es la morada efectiva de las ro-  
sas, que llenan el país con su potente y li-  
gero aroma, que convierten el aire en una



golosina, algo más sabroso que el vino y, como él, embriagador.

Iba el tren con despacio, como si quisiera atrasarse en aquel jardín, en aquella tibieza. Se paraba á cada momento, en las diminutas estaciones, delante de un palomar de casas blancas, y continuaba su pausada marcha después de haber silbado mucho. Nadie subía ni bajaba. Diríase que el mundo entero dormitaba y no podía resolverse á mudar de sitio en aquella primavera mañana.

La aldeana robusta cerraba los ojos de vez en cuando ó los abría bruscamente cuando el cesto resbalaba por sus rodillas, cayéndose. Cogíalo al vuelo, miraba afuera algunos minutos y se amodorraba de nuevo. Perlas de sudor asomaban á su frente, respiraba con dificultad como si penosa opresión la atormentara.

La joven había inclinado la cabeza y dormía con el sueño cerrado de los gañanes.

De pronto, al salir de una estación, la aldeana se despabiló y, abriendo su cesta, sacó de ella un trozo de pan, huevos duros, una botella de vino y ciruelas, hermosas ciruelas encarnadas; y se puso á comer.

El mozo se había despertado también, de improviso, y miraba, miraba cada bocado subir de las rodillas á la boca. Permanecía cruzado de brazos, con los ojos fijos, las mejillas enjutas, los labios apretados.

Ella comía como mujer obesa y golosa, sorbiendo á cada paso tragos de vino para que pasaran los huevos, deteniéndose para resoplar un tanto. Lo hizo desaparecer todo, el pan, los huevos, las ciruelas, el vino. Y tan luego hubo concluido, el mozo cerró los ojos. Sintióse incómoda, la paisana se aflojó el corpiño, y el joven miró entonces de nuevo.

Pero ella no se alarmó; seguía desabrochando el cuerpo, cuya tela se abría á la presión de los pechos, dejando ver por la apertura, un poco de camisa blanca y un redondel de carne. Y cuando estuvo más á su sabor, dijo en italiano: «Es tanto el calor que no se respira». El mozo respondió en la misma lengua y con igual pronunciación: «Es un tiempo soberbio para viajar».

—¿Es usted piamontés?—preguntó ella.

—Soy de Asti.—Yo, de Casala.

Eran vecinos y se pusieron á hablar. Dijeron las simplezas interminables que repiten sin cesar las gentes del pueblo y bastan á su espíritu lento y sin horizonte. Hablaron de su tierra; conocían los dos á muchas gentes; citaron nombres, trabando amistad á medida que descubrían otra persona que los dos habían visto. Las palabras, rápidas,

apresuradas, salían de sus labios con sus terminaciones sonoras y su canción italiana. Luego se informaron de ellos particularmente.

La aldeana era casada y madre de tres hijos que dejaba al cuidado de su hermana; había dado con un acomodo de nodriza, un buen acomodo, en casa de una señora francesa, de Marsella. El buscaba trabajo, y le tenían dicho que lo encontraría también por allí, pues se edificaba mucho.

Al fin, callaron. El calor era terrible, pues caía como á torrentes sobre los coches; una nube de polvo volaba en pos del tren, penetraba dentro; y los perfumes de los naranjos y de las rosas adquirirían sabor más intenso, parecía como que se condensaban y entorpecían. Los dos viajeros se durmieron de nuevo.

Casi á la par se despertaron. Descendía el sol hacia el mar iluminado su manto azul con profusa claridad. Era más fresco y más ligero el aire. La nodriza sofocada, con el corpiño entreabierto, los carrillos caídos, los ojos apagados, dijo con acento anheloso:

—Desde ayer no he dado el pecho, y me siento atolondrada como si fuera á desmayarme.

El, no sabiendo que decir, no respondió. —Cuando se tiene la leche que yo tengo hay que dar el pecho tres veces al día; si no, se encuentra una rendida. Es lo mismo que si tuviese encima del corazón un peso que me impide respirar y me rompe los miembros. ¡Ay! ¡qué desgracia tener tanta leche!

El dijo:—Sí. Es una desgracia. Debe de molestarla á usted.

Parecía enferma, con efecto, agobiada, desfallecida. Y murmuró:—Basta con apoyar para que brotela leche como de una fuente. Es muy curioso, y no se creería. En Casala, todos los vecinos venían á verlo.

El:—¡Ah! de veras?

—Sí, como usted lo oye. Se lo enseñaría á usted, pero no serviría de nada, pues de esa manera no se saca lo bastante. Y se calló.

El convoy se detenía. De pie junto á un vallado, una mujer llevaba en brazos un niño que lloraba. Era delgada, harapienta.

Mirábala la nodriza, que dijo con acento compasivo:—También podría aliviar á esa. Y el chiquillo me aliviaría á mí. Mire usted: no soy rica, ya que dejo mi casa y mi gente y mi última criatura para entrar á servir, pero daría cinco pesetas por tener en brazos esa criatura diez minutos y darla el pecho. Lo calmaría, y á mí, no hay que decirlo. Me daría la vida.

De nuevo calló. Y repetidas veces pasó

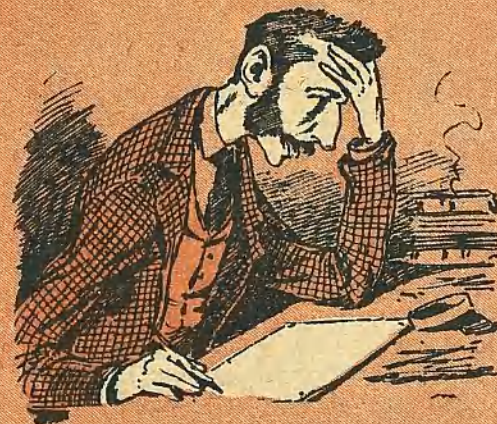




Es el caso que hoy es lunes..... y que tengo que dibujar una historieta para LA SEMANA Cómica. A ver si fumando.....



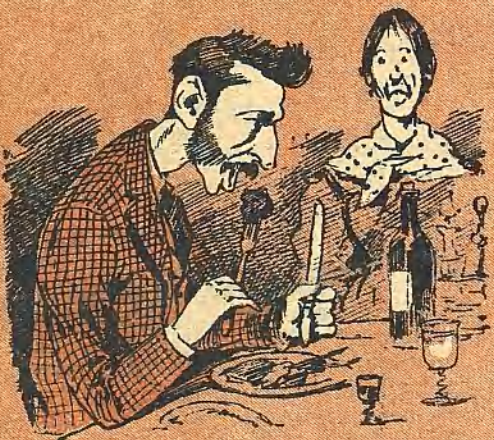
Pues señor, que no doy con la historieta. Por supuesto, que eso no tiene nada de particular, porque como estoy en ayunas... ¡claro!



Esto es lo bueno que tiene el café: despeja de una manera que efectivamente... no se me ocurre nada.



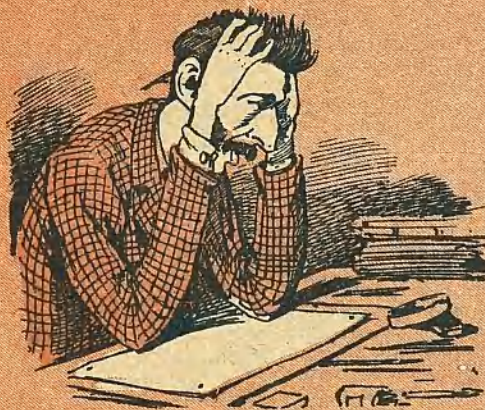
¿Que está el almuerzo en la mesa? Bueno; a ver si mientras almuerzo se me ocurre algo.



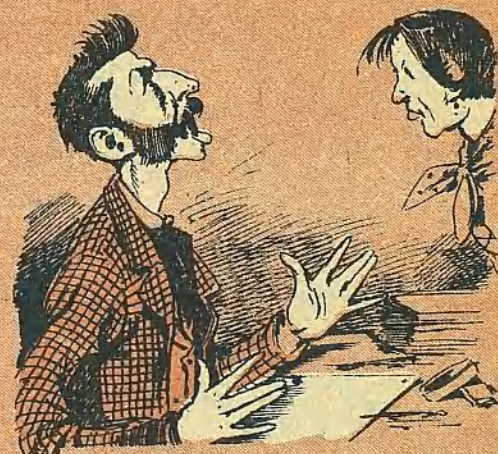
¿Que si me ocurre algo? Sí, hija, sí; que están muy buenas las historias, digo, las chuletas.



Lo que es ahora, mientras hago la digestión, es inútil que piense en nada.



¡Las siete de la tarde y sin dar con el asunto! ¡Dios mío, si todavía no habré hecho la digestión!



¿Qué! ¿Ya vamos a comer? ¡Pero V. por fuerza se ha propuesto que yo no haga la historia!



—Diga V., Sinforosa. ¿V. sabe qué historia podría yo mandar a LA SEMANA Cómica?



¡Cómo se me abre la boca! Esto quiere decir que tengo sueño. Sí; y lo que es con sueño ¡cualquiera hace historias!



¡Ea! a la cama y mañana ¡qué sé yo!... ¡Si esta noche soñase con alguna historia!...





su ardorosa mano por su frente llena de sudor, gimiendo: — ¡Yo no puedo aguantar más; me parece que me voy á morir! — Y con gesto inconsciente se desabrochó del todo el corpiño. El seno de la derecha apareció enorme, repleto, con la fresa oscura del pezón. Y la pobre mujer seguía gimiendo: — ¡Ay! ¡Dios de bondad! ¡Ay! ¡Dios de mi alma! ¿Qué voy á hacer yo?

El tren había reanudado la marcha y corría por entre las flores que exhalaban sus penetrantes efluvios de las tardes serenas. A veces, una barca pescadora parecía dormida en el azul del mar, con su blanca vela inmóvil, que se reflejaba en las aguas cual si hubiese otra barca cabeza abajo.

El joven, turbado, balbució: — Señora..... podría yo..... podría aliviarla á usted.

Y ella contestó con voz deshecha: — Si usted quiere..... Me hará usted un gran favor. No puedo seguir así... no puedo.

El mozo se arrodilló delante de ella, que se inclinaba llevando hacia su boca, con ademán de nodriza, la punta oscura del seno, y en el movimiento que hizo, una gota de blanquísima leche asomó al pezón. El la bebió asiendo entre sus labios, como un fruto, el pesado pecho, y se puso á mamar con regularidad y glotonería.

Le había pasado los dos brazos alrededor del talle, y bebía lentamente, con un movimiento del cuello parecido al de los niños.

De pronto, la aldeana dijo: — Para éste basta. Tome usted el otro. — Y lo tomó con docilidad. Había colocado la paisana sus dos manos sobre los hombros del mozo, y ahora respiraba con fuerza, con ventura, saboreando los hálitos de las flores mezclados con los soplos de aire que el movimiento del tren arrojaba en los coches.

Dijo: — Huele bien por aquí. — Él no respondió, pues seguía bebiendo en aquel manantial de carne, cerrando los ojos como para mayor regalo. Pero ella le separó la cabeza dulcemente: — Basta. Me siento mejor. Me ha vuelto el alma al cuerpo.

Se había levantado el mozo enjugándose la boca con el revés de la mano. Ella, ajustándose el corpiño, dijo:

— Me ha hecho usted un gran favor y le doy á usted muchas gracias.

El respondió con agradecido acento:

— Yo soy quien le da á usted las gracias, señora. ¡Hacia cuarenta y ocho horas que no había comido!

GUY DE MAUPASSANT.

### LA CREACIÓN

Después que el Creador al hombre hizo,  
muy detenidamente,  
se puso á examinar su obra maestra  
la cual le satisfizo.

Con lo cual se demuestra  
que el Señor se conforma fácilmente.  
Terminado el examen minucioso,  
de su propio trabajo satisfecho  
y de descanso ansioso,  
se fué á su alcoba y se metió en el lecho.

Pero aunque pretendía  
que el sueño le sirviese de reposo,  
el sueño no venía  
y á su pesar seguía desvelado;  
quizá porque el trabajo de aquel día  
apenas si le había fatigado.  
Mas en vez de ponerse sulfurado,  
como en casos iguales  
hacemos en la tierra los mortales,  
soportando el insomnio con paciencia  
acomodóse bien en los colchones  
y se puso á pensar las condiciones  
con que daría al hombre la existencia,  
sintiéndose al principio bondadoso,  
mostróse partidario  
de que viviera el hombre muy dichoso;  
mas pensando de pronto lo contrario,  
— ¡Nada, nada! — se dijo — es más prudente  
hacer la vida despreciable y triste,  
y al que sufra en la Tierra y no rechiste  
le doy el galardón correspondiente  
y los otros á arder eternamente.  
Ya acordado, en principio, cuál sería  
el modo de vivir de los mortales,  
se puso á meditar todos los males  
con que al hombre en el mundo obsequiaría.  
Después de un largo rato de desvelo,  
se le vino esta idea á la mollera:  
— «Si al hombre le concedo compañera,  
de fijo que ni uno gana el cielo»;

sin que pensara en su saber divino  
que podía nacer un San Antonio  
que, aborreciendo el sexo femenino,  
saldría de las garras del demonio.  
y siguiendo pensando de este modo,  
con una rapidez maravillosa,  
fué creando la farsa, la avaricia,  
el crimen y, en fin, todo  
lo que hace que la vida sea odiosa.  
Al principio, el Dios bueno  
pensó que nos trataba cruelmente;  
mas luego murmuró: — No inútilmente  
he amasado su cuerpo con el cieno....  
Ahora que se afane  
el hombre por librarse de su escoria  
y el que quiera la gloria  
que luche con Satán... ¡y que la gane!

Ya iba Dios á dejar por terminado  
asunto de tantísima importancia,  
cuando notó que había prodigado  
el mal con abundancia.  
Y se dijo en seguida:  
— Es preciso encontrar una manera  
para hacer que la vida  
pueda ser una carga llevadera.  
Y queriendo halagar á los mortales,  
sintiéndose elemento,  
se propuso inventar un bien cualquiera  
que sirviese de antidoto á los males  
con que al hombre obsequió tan largamente.  
Se puso á meditar... ¡Vana tarea!  
pues su imaginación omnipotente,  
tan lista y tan fecunda anteriormente,  
no pudo sugerirle ni una idea.  
Hasta que, al fin, de cavilar rendido,  
sin haber encontrado  
el bien apetecido,  
quedóse Dios dormido  
y se quedó la vida en tal estado.

MIGUEL TOLEDANO



## EL MUÑECO

A Mariano Urrutia.

## I

—Descanse V.; aquí subimos pocas veces. Bajaré la luz del gas y podrá V. dormir, si gusta.

Mucho agradecía la invitación: ¡qué queréis! esto de trabajar todo el día acaba con las fuerzas de un Hércules. Un dolor de cabeza me obligó á despachar rápidamente el negocio que me había llevado á la tienda de juguetes.

Uno de los dependientes de la tienda, persona muy amable, compadecido de mí, me proporcionó el medio de lograr un ligero reposo á la fatiga. No quedé mal del todo al cabo de algunos momentos, durante los cuales con la cabeza entre las manos, los codos en los brazos del sillón, los pies sobre un calentador y los ojos cerrados, olvidé mis preocupaciones y permanecí como al placer de un dulce sueño, viendo á través de los cristales que daban á la calle pasar y repasar multitud de gentes.

El descanso es una medicina reparadora y eficaz.

Al cabo tuve un placer infantil: dejé de pensar en el tanto por ciento de comisión, en el debe y haber, en el recargo de Aduana... y fijé mis ojos en el escaparate; ¡qué abundancia abigarrada de lindas facciones! ¡qué mundo de juguetes! Allí un bebé, rechoncho y coloradote, permanecía apoyado en un rincón como esperando la papilla; acá un nigromántico parecía evocar los espíritus levantando á lo alto su varilla mágica como un director de orquesta la batuta; un ruso feroz aguardaba sentado á unos soldaditos austríacos para tragárselos con delicia brutal, y una preciosa pastora conducía, con solicitud cariñosa, su rebaño, y en medio de éstos percibí un caballerito muy lindo que parecía un señorito elegante de esos que á su vez parecen un muñeco de feria. ¡Qué petulante era el tal monigote! Tenía el bastoncillo en una mano, como haciendo con él molinetes, en la otra llevaba un *bouquet*, un ramo mejor dicho, porque dicho está en castellano; los quevedos montados en la nariz, la cabecita echada hacia atrás, como hombre á quien los sesos pesan poco, y á quien la vanidad zarandea á su capricho; por último, muy petrímetro, muy pisaverde y muy pretencioso.

Al lado de una cocinerita que se hallaba ocupada en el arreglo de sus cacerolas y de un marinerito que remaba afanoso, me pareció aún menos simpático el diablo del muñeco.

—¿Para qué servirás tú, mequetrefe? pensé;—sin duda para importunar menos que los de carne y hueso á tus semejantes; pero en fin, ¿puedes agradar ni con esa facha de bástate solo y ese aspecto de caballero del ocio?

Dicho y sabido es que tocar los objetos que se hallan en una exposición no es acto que revele gran discreción; pero tanto pudo en mí la curiosidad, que tomando á mi hombrucillo por la cintura, como Gulliver cogía á los ciudadanos de Lilliput, le elevé á la altura de mis ojos para examinarle de cerca, y al descubrir en su peana de metal un letrero, leí:

«Apriétese el botón y el caballerito dirá su nombre.»

—¡Hombre, siquiera tienes una gracia inesperada y oculta!—exclamé.

—Vamos, sepamos cómo te llamas,—dije apretando el botón indicado por el letrero.

Un sonido extraño se produjo á la operación que mis dedos hacían, algo así como el que se oye en algunos relojes antes de sonar las campanadas que cuentan las horas, y luego en voz de trompetilla de polichinela la ingeniosa máquina soltó esta respuesta:

—¡Don Dieguín!—y el muñeco volvió rápidamente la cabecita, dió un movimiento rotatorio á su bastón y quedó en otra postura no menos cómica y extraña.

Me hizo reír, me divirtió aquel frívolo juguete; miré su precio, dejé el muñeco en el sitio de donde le había tomado y no volví á pensar en él.

## II

Hacía un frío glacial; era uno de los días terribles de un crudísimo invierno,

Las puertas y ventanas de las grandes casas de París se hallaban herméticamente cerradas; los ricos lo pasaban menos mal alrededor de las anchas y abrasadoras chimeneas; los pobres en sus tugurios miserables se arrebujaban, tiritando diente con diente, en sus andrajosos abrigos.

Apenas transitaba gente por las calles; no era muy avanzada la hora; pero era muy oscura y espantosa la noche.

En una buhardilla, elevada sobre una de las casas más viejas de los arrabales, se hallaban seis personas trabajando á la luz de una de esas grandes lámparas llamadas de familia, y á las que parece que se cobra amor porque ellas iluminan, durante las más gratas horas de la vida, lo más íntimo y querido del hogar.

La habitación no era á la verdad tan es-



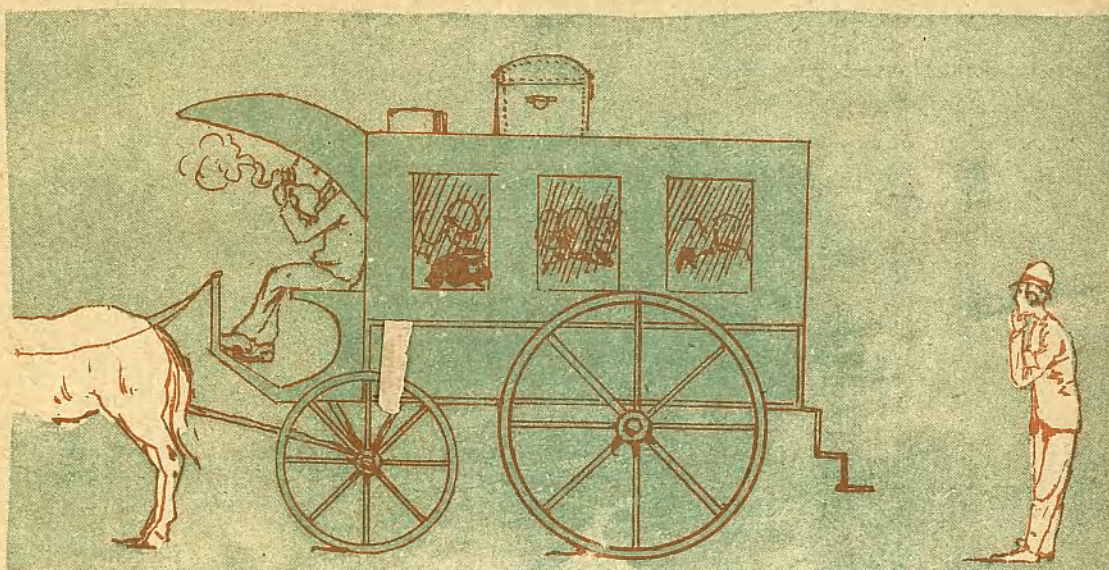


Yo no necesito luces  
aunque la noche no es clara,  
porque el sol de la alegría  
me está á mi alumbrando el alma.

Juré que te pesaría  
hablar con aquel muchacho  
y hoy tan sólo con mirarte  
se ve que te va pesando.

¡Que mientras tu madre viva  
no te has de casar con nadie!  
¡Bendita sea tu boca!  
¡Olé! ¡que viva tu madre!



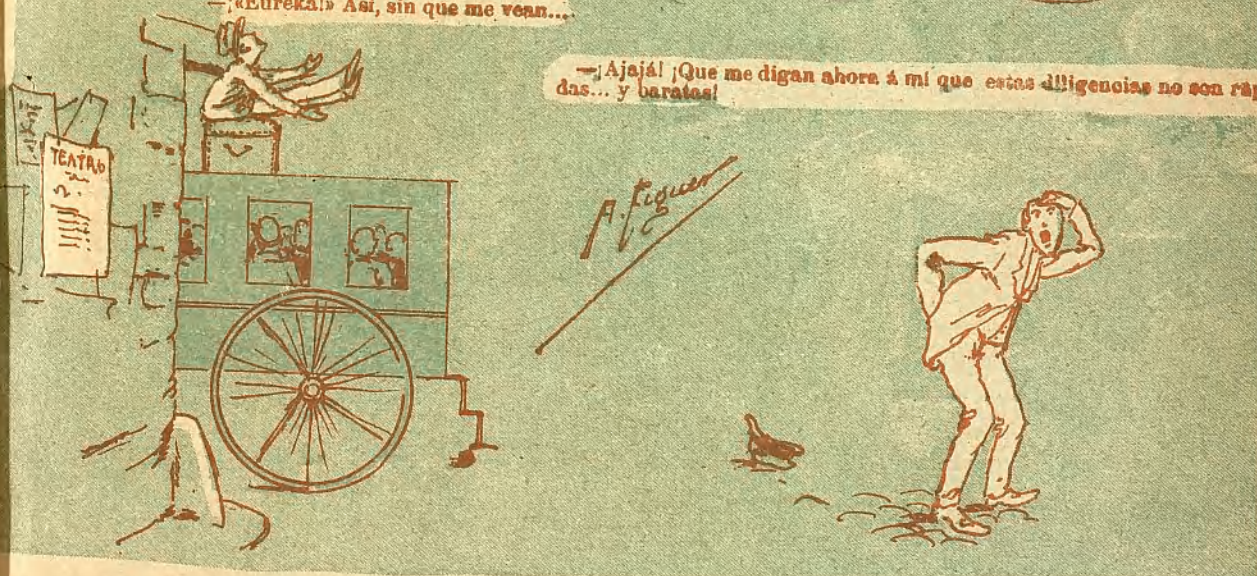


El caso es que yo no tengo un cuarto, que necesito llegar antes de las siete a la estación.... y que no voy a llegar.



—«Eureka!» Así, sin que me vean...

—¡Ajajá! ¡Que me digan ahora a mí que estas diligencias no son rápidas... y baratas!



Pero nuestro héroe no había contado con la huésped. Y es que a lo mejor pasan los coches por sitios tan inesperados, que le obligan a uno a bajarse cuando menos se lo figura.



trecha como lo eran todas las de las buhardas; en ella una anciana parecía muy preocupada en hacer un objeto pequeño de trapo, y cerca de ésta tres jóvenes ocupadas con igual atención en otras costuras.

No lejos de este grupo se veía un niño, como de unos catorce años, trabajando en una labor de tornero sobre un aparato de dicho arte; á la vez que un hombre de unos veinticinco á treinta años, mantenía fija su atención en un plano cubierto de rectas, curvas, puntos y dibujos.

Reinaba en aquel recinto un silencio solemne, cuando por acaso cesaba momentáneamente el raroo del tornero moviendo su máquina, silencio en el que la costumbre de oírle hacía pasar inadvertido el simétrico tic-tac de un viejo reloj, testigo antiguo de la vida laboriosa de aquella familia.

De vez en cuando, alguna de las jóvenes alzaba su cabeza y extendía sus brazos para medir el hilo de un carrete, pasar la hebra por sus frescos labios de rosa, cortar la hebra con sus diminutos dientecllos, enhebrar la aguja y volver á su tarea.

El cuchicheo que se oye en todo corrillo de mujeres que trabajan reunidas, ese picoteo de pajarillos que ocupan el mismo árbol, esa charla confidencial, dulce, que sólo interrumpe alguna que otra vez la canción que anima y alegra el taller, estaba allí reprimido.

Nadie quería interrumpir la grave preocupación del joven que examinaba los planos.

Era éste de una fisonomía grave; tenía frente despejada y en ella el ceño que suele dibujarse en el rostro de los hombres que sacrifican su existencia á las grandes operaciones del cálculo.

Aquel hombre se hallaba, sin duda ninguna, á la vez que profundamente preocupado, á merced de una íntima tristeza, y no sé si atreverme á decir, sin temor de equivocarme, que superaba su melancolía á la importancia de la abstracción en que tenía laborioso el pensamiento.

J. ZAHONERO

(Terminaré)

## EL TEATRO POR DENTRO

### LAS MAMÁS DEL CORO

—En parte tié usted razón; pero, señá Trinidad, esto, mirándolo bien, es hacer la cusca ya.  
—Usted se enfada enseguida.  
—¡Pero no me he de enfadar, si salen ca diez minutos con una exigencia más, y ese tío de empresario, que es un piazó de animal, nos trata como si fuésemos rabaneras jubilas!  
¡Señora, por Dios aunque una no tuviera diñidáz!  
Que hagan eso con la madre de Luisa, la del Mollar, que ha sido una cualquiera y ha estao presa en Alcalá por corruztorá, está bien; es decir, no está muy mal; pero que lo hagan con toda la viuda de un capellán, que aunque aiga venido á menos sabe lo que es sociedad y se ha criado en pañales de batista, es abusar.  
—Y conmigo.

—Y con usted, sí, señora; que por más que vende mojama fresca por pura necesidad, al fin y al cabo es decente y no ha corrompido ná, salvo lo que ni una misma puede á veces remediar.  
—Sí; pero como el que paga es él....

—¡Señá Trinidad, no hable usted de eso, que hay cosas que dan ganas de... llorar! Está usted cinco ó seis años gastándose un dineral.

con objeto de que salgan las niñas bien educás, y luego porque no son huries, ú porque están algo escurridas de carnes, por delante ú por detrás, las pagan con tres pesetas, (eso cuando se las dan) como si pa tener arte fuera preciso llevar dos arrobas de carnaza dentro del corsé.

—¡Ya, ya!  
—Así es que yo, muchas veces, digo lo que aquel refrán: «Pa ser eso sin provecho, es una mujer honrá»; y estando en su casa, nadie murmura de una en jamás.  
¿No tengo razón, señora?  
—Muchísima, doña Pilar.  
—Le digo á V. que da lacha estar aquí.

—La verdad es que se murmura mucho.  
—Como que hay gente capaz de despellejar á un Cristo de piedra de Colmenar.  
¿Ven á cualquier muchacha por una casualidáz haciéndole cara á un hombre, la cual es muy natural? pues ya la han echao el fallo y tóos quieren abusar.  
¿Que mi chica y la de usted se hacen amigas, y van y buscan pa divertirse juegos propios de su edad, como lo hemos hecho todas, unas menos y otras más? Pues puede usted estar segura de que nunca faltará

un indecente que diga cualquier brutalidáz.  
—De seguro.

—Sin embargo, lo que á mi me puede más no es eso, sino las formas que acostumbran á emplear más de cuatro sinvergüenzas con toda la que es honrá. La otra mañana, ensayando «El proceso del Cancán» no me tiré al director de escena, porque la Paz, que ya conoce mis pulgas, fué y me sujetó del chal, que si no, por estas cruces que hago una barbaridáz. Figúrese usted, que estaba mi chica con las demás, ensayando esas pampinas que las hacen ensayar, y porque juntó las piernas, contra su costumbre, va y la dice:—«A ver, so burra, despatárrese usted más.»  
¿Está eso bien?

—No, señora.  
—¡Pues es claro que no está! No; lo que es como este invierno la vuelvan á contratar, y no sea el empresario más decente y más formal, saco á la niña del coro, la compro un traje y un boá, y la llevo por las noches á los cafés.

—¡Qué Pilar!  
¡Es usted el diantre!

—¡Señora, que hablo con formalidad! Miste que me tienen tóos los del teatro muy cargá.

J. LOPEZ SILVA.



## CANTARES

Aquel que me qu'era bien  
dicen que me hará llorar.  
¡Cuánto lloro yo por ti  
y cómo miente el refrán!

El corazón de mi pecho  
mira que pobre estará,  
que se le ha muerto un cariño  
y no lo puede enterrar.

Mira lo que estoy pensando:  
que aquel que vive durmiendo  
tiene un despertar muy malo.

Al carro de la amistad  
se le han caído las ruedas.  
Las ruedas eran de plata  
y no puede andar sin ellas.

Mi palabra es como el río  
que corre al mar presuroso.  
Ni el río se vuelve atrás  
ni mi palabra tampoco.

Como la mosca he de ser:  
aunque me espantes cien veces,  
cien veces he de volver.

LUIS RAM DE VIU

## CHIRIGOTAS

De Pepe Extrañi:

«¡Hombre!

Se instruye sumaria contra dos guardias  
civiles por haberse metido en un reservado  
de señoras y haber fumado delante de ellas.

Ya justificarán ellos su conducta.

—¿No vieron ustedes una tablita que decía: *Reservado de señoras*?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se metieron ustedes allí?

—Porque no había en todo el tren ninguna tablilla que dijera: *Reservado de civiles*!

Rompieron todos los platos,  
los vasos, las palanganas,  
los pucheros, las cazuelas,  
las jicaras y las tazas,  
Al jardín bajaron luego  
y destrozaron las plantas,  
las flores, los arbolitos,  
los cercados y las tapias.  
Hicieron estos destrozos  
dos niñas aristocráticas  
que estaban en un convento  
de Madrid como educandas.  
Sepongo que sus papás,  
en vista de esas hazañas,  
las llevarán al Colegio  
de Artillería en volandas!

Vamos á ver, ¿á que no saben ustedes  
quién ha sufrido una cogida?

Lo diré, porque no hay quien lo adivine.  
¡Gladstone, el presidente del Gobierno de  
Inglaterra!

Le ha cogido una vaca, yendo de paseo,  
aunque afortunadamente, sin consecuencias  
graves.

Todos los aficionados  
del país de Hernán Cortés  
gritemos entusiasmados:  
—¡Olé, el *Lagartijo* inglés!

Mientras había en Huelva la otra noche  
fuegos artificiales,  
tomaron juntos las de Villadiego  
dos jóvenes amantes.  
¡Y se fueron los dos por esos trigos  
sin dinero ni ropa!  
¡Aunque para esos viajes no se suele  
necesitar alforjas!

Leo que al pendón de Santa Cruz de la  
Palma le han concedido honores de infante.  
Y no me ha sorprendido gran cosa la noticia.

No es el primer pendón  
á quien se ha hecho la misma concesión;  
porque varios pendones  
se encuentran en las mismas condiciones!

Confesábase *in extremis*  
Un avaro, y de sus onzas  
Se despedía, diciendo:  
—¡No me seguireis vosotras!  
—Hombre, no hay por qué llorarlo,  
Dijo el confesor con sorna;  
Porque allí donde usted vá...  
¡Se derretirían todas!

MARIANO DE CAVIA.

## SOLUCION

AL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTEPASADO

*Quien espera, desespera.*

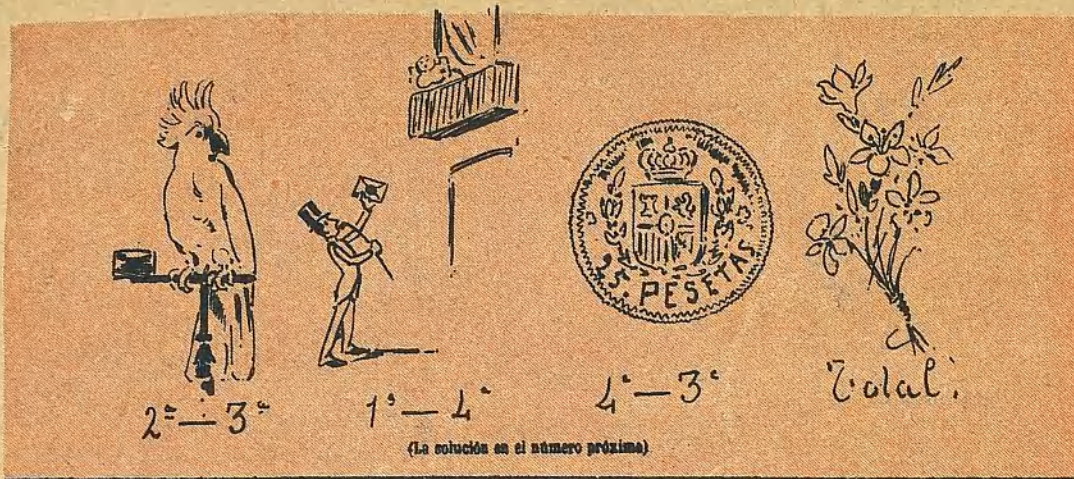
## FOTOGRAFÍAS INTERESANTES

Catálogo, 50 cts. en sellos de correo.

The Publishing Office. — Amsterdam

J. Solé Piqué, impresor, Ronda Universidad, 9





## CASAS RECOMENDADAS

POR

### LA SEMANA CÓMICA

<b>AGUAS AZOADAS</b> Gran establecimiento.—Pelayo, 22	<b>DENTISTA</b> F. Bau.—Rambla de las Flores, 1	<b>MUEBLES DE ALQUILER</b> de J. Codorniu.—Escudillers, 81
<b>AGUAS MINERALES</b> Establecimiento sin rival.—Pino, 24	<b>DROGUERÍA</b> de los Hijos de A. Busquets y Durán S. Pablo, 19	<b>MUEBLERÍA</b> de J. Codorniu.—Escudillers, 81
<b>ALFOMBRAS Y ESTERAS</b> de Juan Más é hijos Rambla de Estudios, 8	<b>DULGERÍA</b> de Parent Hnos.—Rambla del Centro, 86	<b>OBJETOS MILITARES</b> de J. Medina.—Plaza del Teatro, 8
<b>ALMACÉN DE PAPEL</b> de Baldomero Llopis Duque de la Victoria, 18	<b>FARMACIA</b> del Dr. Pizá.—Plaza del Pino, 4	<b>ORTOPÉDICO</b> Palau.—Ancha, 12
<b>ARMAS Y OBJETOS DE CAZA</b> de Luis Vives.—Fernando VII, 86	<b>FERRETERÍA</b> Hijos de J. Damians.—Escudillers, 21	<b>PERIÓDICO</b> La Semana Cómica. (¡Naturalmente!)
<b>ARTÍCULOS DE GOMA</b> é Impermeables.—LA VILLA DE PARÁ Rambla del Centro, 12	<b>FOTOGRAFADOS</b> Taller de José GIL.—Universidad, 66, 1.º	<b>PAPELES DE FUMAR</b> de J. Planas.—Unión, 2
<b>BAÑOS</b> de La Sirena, para Señoras. Al lado de los Orientales.	<b>FOTOGRAFÍA</b> de A. Esplugas.—Plaza del Teatro, 7	<b>PARAGUAS, SOMBRILLAS</b> y abanicos.—Bruno Cuadros. Rambla de las Flores, 25
<b>CAFÉ-RESTAURANT</b> La Alhambra.—Paseo de Gracia, 25	<b>HORCHATERÍA</b> Valenciana.—Escudillers, 54	<b>PELUQUERÍA</b> de Pepe.—Calle del Conde del Asalto, 19
<b>CAMISERÍA</b> La Reforma Plaza de Sta. Ana, 14, y Canuda, 28	<b>HOTEL</b> Falcón.—Plaza del Teatro, 5	<b>PIANOS</b> de Maseras é hijo.—Riera del Pino, 12
<b>CARNICERÍA</b> Modelo.—Rambla de las Flores, 27	<b>IMPRENTA</b> de E. Martín Galí, Conde del Asalto, 31	<b>POSADA</b> de San Agustín.—Calle del Hospital
<b>CASA DE HUÉSPEDES</b> La Milanesa.—Plaza del Teatro, 3	<b>LITOGRAFÍA</b> de J. Sivilla.—Baja de San Pedro, 73	<b>RELOJERÍA</b> de El Siglo.—Rambla Sta. Mónica.
<b>CHOCOLATES</b> de la Compañía Colonial Depósito: Bajada de S. Miguel, 3	<b>LICOR</b> Quina Memo El mejor de cuantos se conocen.	<b>SASTRERÍA</b> El Leon Español. Rambla de Sta. Mónica, 8
<b>Centro de suscripciones</b> de J. Camps.—Caspe, 35	<b>LIBRERÍA</b> de J. Llördachs.—Plaza S. Sebastián.	<b>SOMBRERERÍA</b> La Económica. Calle de San Ramon, 25
<b>GERVECERÍA</b> de Gambirina.—Rambla Sta. Mónica, 29	<b>LAMPISTERÍA</b> de Vicente Sociats.—Rambla S. José, 14	<b>TRASPARENTES</b> Morera, 6, 1.º (Travesía de la calle del Hospital)
<b>GOLCHONERÍA</b> de J. Mateu.—Plaza Sta. Ana, 18	<b>Máquinas para hacer calceta</b> de J. Domenech Cortes, esquina á Muntaner.	<b>VENTA DE PERIÓDICOS</b> Kiosko de D. J. Tasso Rambla de las Flores
<b>COLMADO</b> La Tropical.—Rambla de Canaletas, 8	<b>MÁQUINAS Y TINTAS</b> para imprenta.—Cesferino Gorchs. Representante de Lorrilleux y G.ª Cortes	<b>VINOS</b> del Marqués de Mudela. Consejo de Ciento, 389, 3.º